



MAZEPPA

LORD BYRON

Poema de George Gordon Byron (1788-1824), publicado en 1819. La fuente del poema es un pasaje de la *Historia de Carlos XII* de Voltaire, donde se habla de Ivan Stepanovic Mazeppa, noble polaco, nacido hacia 1645, que combatió al lado de Carlos XII.

Este breve poema de Byron tuvo enorme resonancia: se inspiraron en él pintores (Horace Vernet, 1789-1863: *Mazeppa y los lobos*) y artistas teatrales como la amazona Adah Isaacs Menken (1835-1868), que en 1864 asombró a Londres con una pantomima acrobática *Maseppa*.

I. En las llanuras de Pultawa fue donde el ñvy de Suecia, abandonado por la fortuna, vio derrotado su ejército y pasados a cuchillo en torno suyo sus más valientes soldados. El poder y la gloria, divinidades inconstantes, como los hombres que las rinden culto, se pusieron del lado del Czar victorioso, y las murallas de Moscou quedaron libertadas.

Día vendrá mucho más terrible y memorable en que sus incendiadas torres alumbrarán la afrentosa derrota de un más afamado y formidable enemigo, y serán testigos de una dispersión más completa, de un golpe más fatal que exterminará a un conquistador y a sus atónitos soldados.

II. Tal es la suerte de las batallas: herido, cubierto de su propia sangre y de la de aquellos bravos soldados, que se sacrificaron por millares para proteger la huida de su rey, Carlos, fugitivo, atraviesa los campos y los ríos. Entonces que la verdad podía libremente hablar al poder, ninguno de los suyos levanta la voz para echar en cara a la ambición su orgullo humillado.

Carlos ha perdido su caballo: Gicta le da el suyo y va a morir esclavo de los rusos. Durante muchas leguas, este nuevo corcel, resiste bien la fatiga, pero al fin cae reventado.

En el centro de un bosque, donde la densidad de las nieblas no se aclara más que por las fogatas esparcidas acá y acullá por los centinelas, y por las que sirven de señales a los enemigos que le cercan, es donde un rey extiende sobre la desnuda tierra sus quebrantados, fatigados miembros. ¿Son estos los laureles y el mullido lecho por los que las naciones se arman y destrozan?

Colocan al monarca al pie de un árbol; está aniquilado por el combate y las marchas forzadas; sus heridas se abren; sus miembros se contraen; la noche es fría y oscura; la agitación de la fiebre impide al sueño concederle ni el más pasajero reposo. A pesar de todo, Carlos soporta majestuosamente su infortunio. En el colmo del dolor sabe dominar todos los suyos e imponerles silencio, dueño de sí mismo, como en otro tiempo lo fue de las naciones.

III. Sus generales están con él... Pero, ¡ay! algunos solamente, pues tras el desastre de un solo día ha disminuido mucho su número; si bien han muerto al menos como bravos caballeros. Los que han sobrevivido, tristes y silenciosos, están al lado de su monarca y junto a sus corceles; porque el peligro hace iguales al hombre y al bruto, compañeros en su desgracia. Entre ellos, Mazeppa, *hetman* de la Ucrania, guerrero de mucha sangre fría y valor, prepara su lecho bajo un viejo roble; él mismo es tan robusto y casi tan viejo como este rey del bosque. El príncipe de los cosacos, si bien extenuado por los trabajos de estos días de fatiga, cuida ante todo de su corcel, le prepara un lecho de hojarasca, le pasa su acariciadora mano por la grupa y por la crin, le afloja las cinchas y le quita la brida. Alégrase viéndole comer algunos brotes de césped, porque hasta entonces había temido que el cansado animal rehusase el alimento húmedo por el rocío de la noche, pero el corcel era tan robusto como su dueño, y como éste se inquietaba poco de una comida sobrado frugal o de un abrigo sobradamente rudo. Rápido como el viento, fiero, pero dócil, obedecía todos sus deseos: educado cual los de los tártaros, escuchaba su voz y la reconocía entre la multitud; y entre las tinieblas de la más oscura noche, desde la puesta del sol hasta la aurora, hubiera seguido a su jinete como un tímido cervatillo.

IV. Mazeppa piensa después en sí. Tiende su capa en el suelo, arrima su lanza contra el tronco de un roble, examina si sus armas están en buen estado, si la pólvora llena todavía la cazoleta de su carabina, si la piedra está bien segura y firme en la llave: y después de haber dado una última mirada a la vaina de su sable, así como a su cinturón, saca de su mochila un frugal alimento, invitando a participar de él al rey y a sus compañeros, con más soltura y desembarazo que un cortesano en un suntuoso banquete... Carlos acepta sonriendo para afectar aun más alegría... para hacerse superior a sus heridas y mala fortuna.

—«Mazeppa, le dice, si todos mis guerreros, como tú valientes y atrevidos, pueden vanagloriarse de haberte igualado en los combates, marchas forzadas y a la cabeza de los forrajeadores, debo confesar que, desde Alejandro, jamás la tierra ha visto una tan digna pareja como la que formas con tu Bucéfalo. Toda la gloria de los caballeros de la Scitia se eclipsa ante la tuya, por quien te ha visto galopar a través de los campos y los ríos.

—»¡Maldita sea la escuela en que aprendí a montar a caballo! respondió Mazeppa.

—»¿Por qué, replicó Carlos, si de ella saliste tan hábil?

—»¡Ah! dijo el *hetman*, esto sería largo de contar, y nosotros aún tenemos una legua que andar, y más de un sablazo que repartir, antes que nuestros corceles puedan paecer tranquilamente en las riberas del Borístenes, a pesar de los enemigos, que son diez contra uno. Señor, vos tenéis necesidad de descanso, y yo voy a servir de centinela a vuestra tropa.

—»No, le contestó el rey; ¡quiero que me cuentes tu historia! ¿Quién sabe? acaso me proporcionará el sueño que mis ojos llaman en vano.

—»¡Está bien, señor! con esta esperanza, prosigue Mazeppa, voy a intentar el despertar a mi memoria de setenta años.

»Tenía veinte años, según creo; sí, veinte años; era Casimiro quien gobernaba la Polonia, y habían pasado seis primaveras desde que yo fuera recibido en el número de sus pajes. Era un monarca sabio, como Juan Casimiro, y todo lo opuesto a Vuestra Majestad: no hacía la guerra, no ganaba reinos para perderlos en seguida, y, salvo los debates de la dieta de Varsovia, reinaba en el más ocioso reposo; no por esto dejaba de tener algunos cuidados: amaba las musas y las bellas; las unas y las otras son tan voluntariosas, que más de una vez suspiraba por los campamentos; si bien pasado su mal humor, tomaba otra amiga o un nuevo libro.

»Era aficionado a dar fiestas espléndidas. Varsovia en peso acudía a admirar la magnificencia de su corte, los suntuosos aderezos de sus damas, y los bordados trajes de sus cortesanos. Casimiro era el Salomón de Polonia: así, pues, todos los poetas le cantaban, menos uno, que no recibiendo pensión, compuso una sátira y se alabó de no saber adular. Era, en fin, una corte donde todo eran fiestas y torneos, en las que los cortesanos se convertían en poetas; yo mismo me decidí un día a versificar y a poner por firma a mis elegías *el desdichado Tirsis*.

»Había cierto conde palatino, de ilustre nacimiento, rico como una mina de sal o de plata^[1] y tan soberbio, podéis creerlo, cual si fuera hijo de los dioses. Era su nobleza de las más afamadas y sus riquezas tantas, que pocos señores podían con él ser comparados; pero de tal suerte se complacía en contemplar sus tesoros y en hojear sus antiguos pergaminos, que casi llegó a perder la cabeza, hasta el punto de imaginarse que no había otra persona como él.

»No opinaba así su esposa. Contando treinta años menos que su esposo, cansábase de día en día de su autoridad; y tras deseos por algún tiempo encubiertos, esperanzas, temores, algunas lágrimas de despedida a la virtud, y uno o dos sueños agitados, las miradas de la juventud de Varsovia, las serenatas y los bailes trajeron poco a poco, según el uso, estos dichosos accidentes que llegan a entorne-

cer a las más frías damas: el conde palatino, añadió a sus títulos, los que dicen ser pasaporte seguro para alcanzar el cielo. Pero es muy extraño que los hombres que más derechos tienen para vanagloriarse sean precisamente los que menos lo hacen.

V. «Era yo en aquel tiempo un gallardo paje: a los setenta años ha de serme permitido decir que, en la primavera de mi vida, había allí pocos hombres, ya de edad madura, ya jóvenes galantes, pecheros o caballeros, que pudiesen competir conmigo en el arte de agradar. Tenía la fuerza, la juventud, la gracia y un rostro muy distinto del que estáis viendo; era tan agraciado entonces como salvaje hoy.

»Los años, los cuidados y trabajos de la guerra han arrugado mi frente y endurecido mi alma. ¡Ah! ¡los que me vieron en aquellos tiempos, con dificultad me reconocerían! Este cambio se ha obrado en mí, mucho tiempo antes de que los años se hubiesen complacido en surcar mi rostro; porque si mi fuerza, mi ánimo y audacia hubiesen declinado, yo no estaría, en este momento, contándoos mi historia bajo un roble, sin otro abrigo que un cielo sin estrellas.

»Pero prosigo. La belleza de Teresa... figúrome verla pasar delante de mí, junto a aquel castaño, ¡tan grabado en mi corazón está su recuerdo!

»No puedo en tanto hallar palabras para pintaros su gracioso talle; tenía ese ojo negro de las beldades asiáticas, que la vecindad de la Turquía da a nuestras polonasas, pero se desprendía de ellos una dulce luz parecida a los primeros rayos de una luna nueva; respirando amor, lánguidos y vivos a la vez, sus miradas recordaban las de los santos mártires que, al expirar sobre el potro, levantaban al cielo sus arrobados ojos como si para ellos fuera la muerte un deleite.

»Comparaba yo muchas veces su serena frente a la superficie de límpido lago, dorado por los rayos del sol; sus olas no osan darnos a conocer siquiera un murmullo, mos-

trándose deseoso el cielo de mirarse en su cristal. El sonrosado de sus mejillas, sus purpurinos labios... pero, ¿a qué decir más? yo la amaba entonces, la amo todavía; en corazones como el mío, el amor no conoce más que los extremos. Estos corazones aman eternamente, y la vana sombra del pasado sigue a Mazeppa hasta su vejez.

VI. «Encontrándonos — vímonos — miré — y suspiré. Ella no habló sin que por eso dejase de responderme: hay mil gestos, mil miradas que nosotros vemos, que entendemos y que no podemos definir. Son las chispas involuntarias del pensamiento, que se escapan de un alma abrasada por el amor, estableciendo entre dos amantes un comercio extraño y misterioso; son los anillos de una abrasadora cadena que reúne, casi a pesar suyo, dos jóvenes corazones y que, como el metal, sirve de conductor a sus mutuos fuegos.

»La vi y suspiré... yo lloraba a solas y mi timidez me impedía acercarme a ella. Fuile, por fin, presentado, y pudimos hablarnos alguna que otra vez sin despertar sospechas. ¡Cuántas veces a su lado sentía el deseo de hacerle una dulce declaración! ¡cuántas veces me formé aquel proyecto! Siempre las palabras expiraban en mis trémulos labios. Por último, un día... hay un juego frívolo que sirve para entretener el tiempo... he olvidado su nombre: pero Teresa y yo jugábamos un día juntos, no sé por qué casualidad. Poco me inquietaba el perder; bastábame estar cerca de ella, oírla, ver a la que amaba tan tiernamente. La observaba como un centinela inquieto (así fuese el nuestro tan vigilante esta noche); Teresa estaba pensativa; olvidábase que estaba jugando, sin alegrarse ni afligirse por los diversos cambios de la suerte; y en tanto continuaba jugando, como si una secreta voluntad, mejor que el deseo de ganar, la retuviese a mi lado. Un pensamiento vino a iluminar mi espíritu: creí leer en sus miradas alguna cosa que me decía que no me condenaría a morir de desesperación, y de re-

pende yo me declaro, aunque balbuceando; mi escasa elocuencia no impidió que fuese escuchado; y esto basta: la mujer que escucha la primera vez, escuchará la segunda; su corazón no es de hielo y aún se puede apelar de su primera negativa.

VII. »Yo amaba y se me correspondía. Se dice, señor, que Vuestra Majestad no ha jamás conocido estas dulces debilidades: si esto es cierto, abreviaré la historia de mis penas y de mi dicha; os parecería tan absurda como inútil: pero todos los hombres no han nacido para reinar sobre sus pasiones como vos reináis sobre las vuestras y sobre los pueblos. Por lo que a mí respecta, soy, o más bien, era un príncipe, el jefe de muchos millares de soldados que podía conducir a los más terribles peligros; pero no he podido jamás vanagloriarme de tener sobre mí el imperio que sobre otros ejercía.

»¡Venturoso destino el de un amante feliz! Pero, ¡ay! su dicha se convierte en infortunio más o menos tarde. Yo veía a Teresa en secreto, y la hora de nuestras citas llegaba siempre lenta, combatiendo mi impaciencia.

»Los días, las noches, nada eran para mí: solo apreciaba aquella hora encantadora. ¡Sí! daría toda la Ucrania por una hora como aquella: daría toda mi gloria para ser todavía el paje, el feliz paje que no reinaba sino sobre un corazón, que no tenía sino su espada, y para el que todos los tesoros eran los dones de la naturaleza, la juventud y la fuerza.

»¡Misteriosa hora de nuestras citas! Se dice que el secreto aumenta en ellas el encanto: en cuanto a mí, lo ignoro; pero habría sacrificado mi vida para poder una sola vez dar a Teresa el nombre de mi esposa, a la faz de la tierra y del cielo, pues me era muy doloroso no poderla ver más que a hurtadillas.

VIII. »Miles de miradas espían a los amantes: todos los ojos de la curiosidad estaban fijos sobre nosotros. ¡Debería

el diablo ser menos severo para con los enamorados culpables! ¡El diablo!... siento que no me llevase consigo: antes debiera acusar a algún malhumorado santo, que se complació en descargar su cólera sobre nosotros. Una hermosa noche, gentes pagadas para espiarnos, nos sorprenden y se apoderan de mí.

»El conde echaba espumarajos de rabia. Yo estaba desarmado: pero aun con mi espada, y armado asimismo de los pies a la cabeza ¿qué habría podido hacer contra el número? Estábamos cerca de su castillo, lejos de la ciudad y de todo socorro, y apenas apuntaba el día.

»He aquí, me decía, el último sol que veré, he aquí mi última hora. Mientras que me conducían al castillo, me encomendé a la buena Virgen, invoqué dos o tres santos, y me resigné a mi suerte. No he sabido jamás lo que sucedió a mi Teresa. Hemos estado bien alejados uno de otro.

»Como os podéis imaginar, el conde palatino no había de ser compasivo en su cólera; aunque no tenía motivos para estar tan furioso; pero lo que sobre todo le desesperaba era el temor de que el hecho ocurrido no perjudicase a su posteridad. No podía persuadirse de que un tal ultraje se hubiese inferido a sus blasones; él, que se miraba como el más noble de su familia y que se creía el primero de los hombres, se imaginaba que sería el blanco de todas las miradas, y sobre todo de las mías. “¡Por la muerte! ¡un joven paje!”. Un rey acaso le hubiese conformado con su desgracia; pero ¡un paje!... No puedo pintaros su furor: sentí solo sus efectos.

IX. «Que traigan el caballo», exclamó el conde. Se trajo el caballo. Y en verdad que era un noble corcel, nacido en el país de la Ucrania, cuyos miembros parecían dotados de la vivacidad del pensamiento: era montaraz, tan montaraz como los gamos de los bosques, en donde había sido apresado el día anterior, sin que hubiese sentido nunca la influencia de la espuela ni del bocado. Aunque resistiéndose

fieramente, erizada la crin, y cubierto con la espuma de la cólera y del terror, este hijo del desierto fue conducido hasta donde yo estaba. Aquellos mercenarios me colocan y atan sobre sus espaldas, con infinidad de lazos: y de repente, dándole un latigazo, le dejan partir en libertad... Adelante, adelante... henos ahí lanzados con una rapidez e impetuosidad vertiginosa.

X. «Adelante, adelante... respiraba con dificultad... despuntaba el día, y no vi la dirección que tomaba el corcel; y éste me lleva adelante, ¡siempre adelante! Mejor que corre, vuela... los últimos ecos de la voz humana que resonaron en mis oídos, fueron los de mis verdugos, lejos de los cuales era conducido. El viento traía hasta mí las aclamaciones de su feroz alegría. En un acceso de furor quise levantar la cabeza; rompí la cuerda que sujetaba mi cuello a la crin del caballo y, medio erguido, enviéles mi maldición; pero lo retumbante del galope, impidió acaso que me oyeran, o bien no se dignaron escucharme. Lo sentí, porque quisiera haberles devuelto sus infames ultrajes.

«Cierto es que los pagaron cumplidamente, algunos años después, cuando del castillo, de su puente levadizo y de sus fortificaciones, no quedó una piedra, ni una puerta, ni un foso, ni una barrera.

«En los dominios del conde, no se hallaría un solo tallo de yerba, si no es la que crece al extremo de un muro, en el sitio en que se hallaba colocada la piedra del hogar.

«Se pasaría una y otra vez por aquel sitio sin adivinar que allí hubiese existido una fortaleza. Vi desplomarse sus incendiadas torres y sus humeantes almenas: vi descender el plomo en lluvia abrasadora sobre techos consumidos y ennegrecidos, que su espesor no pudo librar de mi venganza. En el día de mi suplicio, cuando me mandaron a la muerte con la rapidez del rayo, no sospechaban, aquellos miserables, que un día me verían llegar al frente de diez mil

jinetes a dar las gracias al conde por el viaje que me había obligado a emprender.

»Se habían procurado la bárbara diversión de atarme a los ijares de un fogoso caballo, que me daban por guía. A mi vez saboreé yo el placer de la venganza, porque el tiempo más o menos tarde todo lo compensa. No hay poder humano capaz de escapar a las largas vigiliias y a la paciencia de inflexible enemigo que conserva, como un tesoro, el recuerdo de sus ultrajes.

XI. »Cual en alas del viento, volábamos el corcel y yo, dejando tras de nosotros las moradas de los hombres. Hendíamos el aire como esos meteoros que cruzan el cielo, cuando la noche es ahuyentada por súbito ruido que anuncia una aurora boreal. Ni una ciudad, ni una aldea, en nuestro camino; por todos lados se extendía una inmensa llanura limitada por negro bosque; y a no ser por algunas almenas de elevadas fortalezas, en otros tiempos levantadas para librarse de los tártaros, no hubiera reconocido huella alguna que denotase la presencia del hombre. Un año antes, un ejército otomano había pasado por aquellos sitios, y allí donde quedó marcada la huella de los caballos de los *sphais*, había desaparecido la yerba bajo la tierra ensangrentada.

»El cielo, de color gris, presentaba un aspecto sombrío: un viento sordo dejaba oír su triste gemido: hubiera querido responderle con un suspiro; pero con tanta velocidad corríamos que ni podía suspirar ni articular una plegaria. Las frías gotas de mi abundante sudor inundaban la brillante crin del caballo, que redoblaba su ligereza, y cuyas narices se estremecían de cólera y espanto. Pensé más de una vez que iba a detener su carrera; pero no: para sus robustos lomos, mi cuerpo era una ligera carga que le excitaba más bien como una espuela. Cada movimiento que yo hacía para libertar mis entumecidos y castigados miembros, aumentaba su furor y espanto. Traté de calmarle con mi voz; era

débil, y al oírla se estremecía cual si recibiera un latigazo: a cada uno de mis acentos brincaba cual si oyera el sonido de guerrera trompeta. En tanto, mis lazos estaban bañados en sangre, que corría de mi cuerpo exánime, y mi garganta estaba devorada por la más abrasadora sed.

XII. «Llegamos a la entrada del bosque, que era tan vasto, que por ningún lado se le podían reconocer límites. Acá y acullá, se elevaban árboles seculares, cuyos troncos inquebrantables no se doblegaron al soplo de los furiosos vientos que mugen en los desiertos de la Siberia y todo lo destruyen a su paso: pero estaban algo separados unos de otros, y los jóvenes retoños crecían espesos y frondosos entre aquellos viejos troncos. Estos arbolillos se hallaban con todo el lujo del verdor primaveral.

»Estaban aún muy distantes esas noches de otoño, que cubren la tierra de hojas de un rojo sin vida, como la sangre de que quedan cubiertos los cadáveres de los guerreros después de un combate, cuando una noche de invierno, derramando la escarcha sobre sus cabezas insepultas las ha helado y endurecido de tal modo, que los buitres intentan en vano desgarrarlas. Era aquel un vasto tallar, en cuyo centro, de trecho en trecho, se elevaban el sombrío castaño, el corpulento roble, y el pino piramidal. Fue para mí una fortuna el que estuviesen así separados los unos de los otros; sus ramas dejaban el paso libre y no desgarraban mis miembros. Tuve todavía ánimo para soportar el dolor de mis heridas, ya cicatrizadas por el frío: y mis ligaduras estaban tan apretadas que no podía temer una caída. Pasamos a través, como el viento, dejando tras de nosotros los tallares, los árboles y los lobos que oía acudir sobre nuestras huellas. Nos perseguían en manadas, con ese infatigable paso, que muchas veces causa el furor de los perros y el ardor de los cazadores. Desde la salida del sol, no nos abandonaron ni un momento. Les veía a corta distancia, cuando el día comenzó a iluminar el bosque, y durante toda la no-

che había sentido el ruido cada vez más cercano de sus pasos. ¡Ah! pues que era necesario morir, ¡cuánto hubiera dado yo para estar armado de una espada o una lanza, y poder luchar con aquellos feroces enemigos, matando muchos de ellos antes de expirar! Cuando el caballo había partido, me tardaba llegar al término de su carrera, y en aquel momento yo desconfiaba de su fuerza y de su ligereza. ¡Vano temor! era de una raza salvaje, tan ágil como el gamo de los montes, y corría con la velocidad que la deslumbradora nieve cae delante de la puerta del labrador que aprisiona en su cabaña. Siempre más ardiente, más espantado, estaba furioso como el niño a quien se le niega lo que desea, y más irritado que una caprichosa mujer, que el despecho ha puesto fuera de sí.

XIII. «Habíamos atravesado el bosque. El sol había recorrido ya la mitad de su carrera; pero el aire era frío, a pesar de que estábamos en el mes de Junio. Quizá también se había helado la sangre en mis venas. Los dolores prolongados abaten al hombre más animoso.

»No era yo entonces lo que hoy parezco, pues violento, cual un torrente de invierno, no había aún determinado la causa de mis sentimientos, cuando ya éstos se manifestaban exteriormente. La ira y el terror, las torturas de mis lacerados miembros, el frío, el hambre, la desgracia y la desesperación de verme completamente desnudo y agarrotado sobre un corcel salvaje, ¿no era lo bastante para mi aniquilado cuerpo? ¿cómo extrañar que sucumbiera por un momento, bajo el peso de tantos males? Yo era por otra parte de una raza en la que la sangre se subleva prontamente y cuyo furor se parece al de una serpiente, por temerario pie pisada.

»Huía la tierra, rodaban en torno mío los cielos. Temía caer a cada momento; pero ¡ay! mis ligaduras estaban bien apretadas. Desfalleció mi corazón; mi cerebro fue presa de un cruel dolor, las hinchadas venas de mi frente latieron un

instante con violencia, y después cesaron de latir; los cielos giraban como una inmensa rueda; vacilaban los árboles cual hombres ebrios. Un ligero desvanecimiento privó a mis ojos de la luz del día. El que muere no experimenta una agonía más cruel que la mía.

»En mis desgarradoras angustias, conocía que las tinieblas se condensaban sobre mis ojos, para disiparse y volver después; en vano intentaba aprovecharme de la luz y despertar mis embotados sentidos; era como un desgraciado náufrago sobre débil tabla que las olas levantan y cubren a la vez, empujándola hacia una desierta playa. Parecíase mi vida a esos resplandores fantásticos, que en medio de la noche y en el acceso de una fiebre, lucen de repente ante nuestros cerrados ojos: quedó pronto como apagada: mis dolores parecieron calmarse: pero yo sufría una confusa perturbación más penosa que el dolor. Confieso que temeré probarlo otra vez, cuando la muerte me llamará a sí. Supongo, sin embargo, que hay todavía pruebas más crueles, por las cuales nos es necesario pasar antes de ser reducidos a la nada; pero no importa, he visto la muerte muy de cerca y sabré todavía mirarla sin temblar.

XIV. »De repente se reaniman todos mis sentidos: ¿dónde estoy? Siento la impresión del frío, pero me hallo aturrido y aletargado; a cada pulsación, la vida va reanimando mis miembros, hasta que una nueva angustia me arroja a una nueva convulsión y agolpa sobre mi corazón mi espesa y helada sangre. Espantosos sonidos llegan a mis oídos; mi vista se oscurece, percibiendo los objetos como a través de un espeso cristal. Creo oír el choque de las olas; reconozco también el cielo sembrado de estrellas. No era un sueño; el caballo atraviesa un río de gran corriente, cuyas olas se extienden sobre un vasto lecho; estamos en mitad del mismo, y nos dirigimos a una ribera desconocida y solitaria. El contacto del agua pone término a mis sordos dolores, y mis entumecidos miembros adquieren pasajera fuerza con el